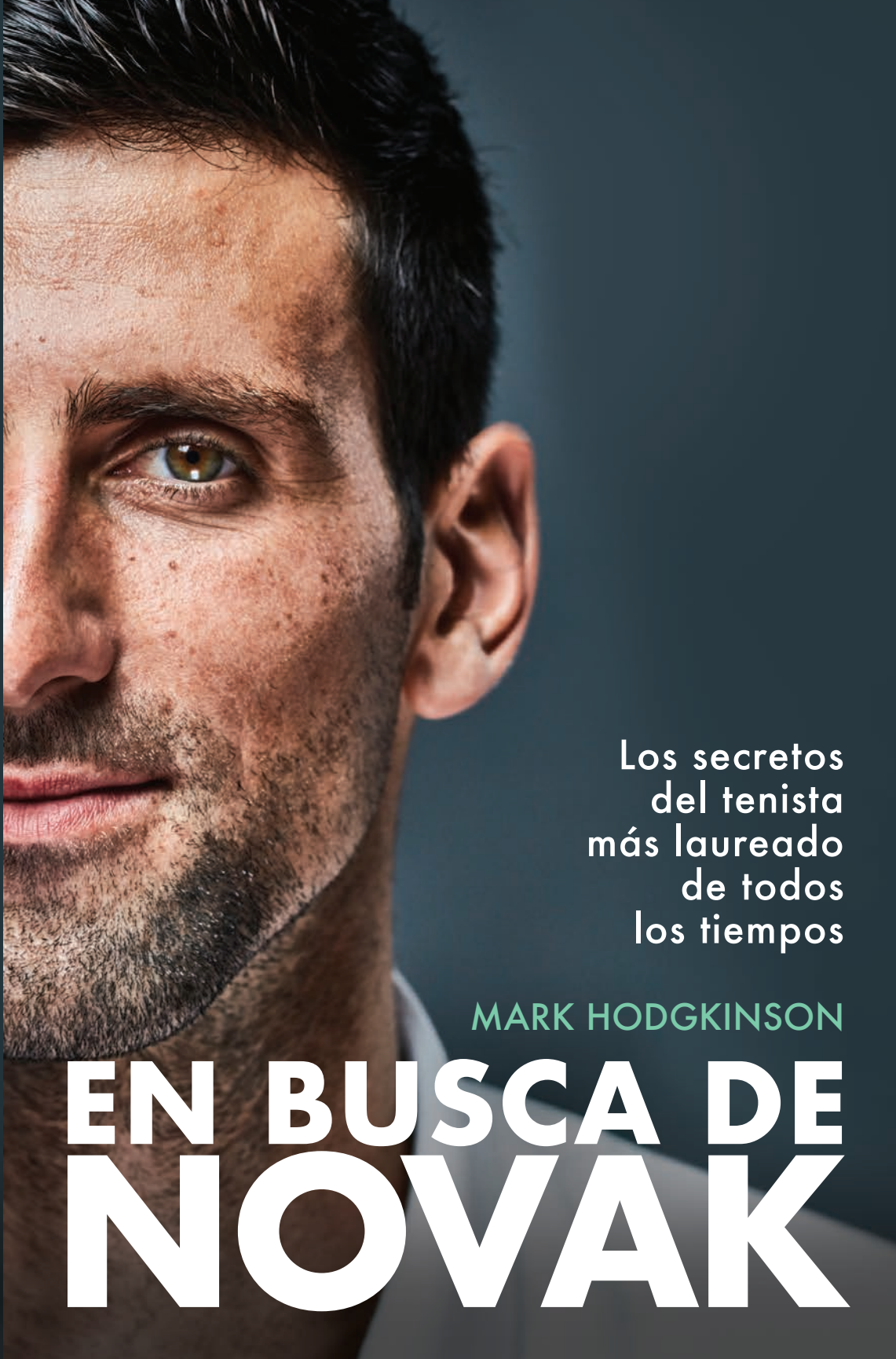




Los secretos
del tenista
más laureado
de todos
los tiempos

MARK HODGKINSON

EN BUSCA DE NOVAK

EN BUSCA DE NOVAK

Los secretos
del tenista
más laureado
de todos
los tiempos

MARK HODGKINSON

EN BUSCA DE NOVAK

Los secretos del tenista más laureado de todos los tiempos

1.^a edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

geoplaneta@planeta.es - www.geoplaneta.com

DE LA EDICIÓN ORIGINAL

Título original: *Searching for Novak - The Man Behind the Enigma*

© Mark Hodgkinson 2024

DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA

© Editorial Planeta, S.A., 2025

© de la traducción: Esther Cruz, 2025

ISBN: 978-84-08-29756-7

Depósito legal: B. 19.897-2024

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



SUMARIO

Introducción	9
Capítulo 1: El chico de oro	13
Capítulo 2: Sacrificio	39
Capítulo 3: Encrucijada	57
Capítulo 4: El hombre tras el Djoker	69
Capítulo 5: Comer para pensar	83
Capítulo 6: Futuro perfecto	105
Capítulo 7: Un tenista original	115
Capítulo 8: Un lobo solitario	131
Capítulo 9: «Se acabó»	147
Capítulo 10: Un tipo de números	168
Capítulo 11: «Que te odien es un problema positivo»	177
Capítulo 12: Energía oscura	199
Capítulo 13: Vida de preso	213
Capítulo 14: «El villano del mundo»	225
Capítulo 15: Obsesión	245
Capítulo 16: GOAT	265
Capítulo 17: Pasarse el tenis	293
Agradecimientos	305
Índice	307
Créditos de las imágenes	319

CAPÍTULO I

EL CHICO DE ORO

Meterse en las entrañas del refugio antiaéreo de Novak Djokovic (el sótano en el que el tenista pasó muchas noches durante los bombardeos de la OTAN en 1999) es como sumergirse de lleno en el hormigón yugoslavo: techos bajos y paredes de hormigón con manchas de humedad que parece que se te echen encima, suelos de hormigón... Incluso el aire (no muy abundante ahí abajo) huele levemente a hormigón. La gente habla del paisaje gris de Belgrado y de la sobrecarga de hormigón que se ve en algunas partes de la ciudad, pero nada te prepara del todo para lo gris y duro que es este búnker situado bajo un bloque de pisos brutalista del barrio de Banjica, a unos kilómetros al sur del centro de Belgrado.

Lo perturbador no es solo el hormigón frío, rudo e implacable, sino también imaginar cómo se sentirían Djokovic y otras personas dentro de ese búnker. Da la impresión de que, en cierto modo, sigue siendo un lugar de miedo y confusión, de ira acumulada, casi como si el hormigón que te envuelve hubiese absorbido parte de las emociones y las irradiase, te las devolviera.

Fue ahí donde Djokovic, que tenía once años cuando los aviones de la OTAN comenzaron a azotar Serbia, sintió miedo y horror, donde quedó «emocionalmente afectado» sin saber lo que les depararía el futuro a sus dos hermanos menores, Marko y Djordje, a sus padres, Srdjan y Dijana, y

a él mismo. Aquel era el lugar más seguro de la zona, construido en un principio como refugio antiatómico en caso de guerra nuclear. Para llegar al corazón del búnker hay que atravesar una puerta metálica del color de la sangre recién oxigenada, bajar unos escalones de hormigón y luego abrir dos puertas de acero; la más pesada de las dos debe de tener unos treinta centímetros de grosor, algo que uno imaginaría para una cámara acorazada o para un submarino. Los residentes cerraban las puertas a cal y canto tras de sí (girando unas cerraduras gigantes) para protegerse de cualquier explosión o incendio.

Sin embargo, incluso ahí dentro, un sitio supuestamente a prueba de bombas y de incendios, esas personas sabían bien que no podían estar del todo seguras en ninguna parte, que ni siquiera un búnker antiatómico los salvaría de un impacto directo. En mitad de una oscuridad casi total, Djokovic miraba a su madre a la cara para entender cómo sentirse: si la veía asustada, cosa que ocurría la mayoría de las veces, sabía que él también debía estar aterrorizado.

Oculto, inmortalizado en hormigón, el sótano sigue estando más o menos igual que en la década de 1990. Es como una cápsula del tiempo que permite volver a cuando Djokovic era un niño asustado y confuso, entre muchos otros niños y adultos también atemorizados y desorientados; volver a la época en la que el tenista escuchaba los cazas volar bajo, como si abriesen agujeros en el cielo nocturno de Belgrado, y luego el constante y devastador estruendo de las bombas y los cohetes (aunque el hormigón amortiguase el ruido, no reducía el miedo que sentían los habitantes del búnker durante esas largas y terribles noches).

Quizá haya que estar físicamente ahí para encontrarle pleno sentido a esta afirmación, pero hasta cierto punto entrar en ese búnker es como acceder a una zona de la mente de Djokovic. El búnker consta de una serie de habi-

taciones pequeñas y rincones oscuros, y al recorrer el espacio apartando telarañas se entiende que ni los antiguos vecinos de Djokovic ni los residentes nuevos quieren visitarlo con demasiada frecuencia. El tenista ha vuelto tan solo un puñado de veces para recordar cómo era exactamente el búnker; lo que nunca olvidará es la intensidad de las emociones, ni cómo se sentía cuando estaba ahí dentro.

Hay sillones viejos y algunos asientos de mimbre esparcidos por la estancia; seguramente sea el mismo mobiliario que tenían en 1999. La basura que cubre las mesas y el suelo también podría ser antigua, de hace un cuarto de siglo. De los techos cuelgan apliques de luz, desnudos y sin lámparas, que emiten un débil brillo de tono amarillo químico que apenas se abre paso en la oscuridad. Una diferencia entre el entonces y el ahora, según un vecino que encontró una llave y ha abierto el sótano, es que en 1999 había colchones en el suelo. Ahí era donde Djokovic temblaba bajo una manta mientras Belgrado alcanzaba un primer puesto nada deseado: el de la primera capital europea en sufrir un bombardeo de la OTAN, encargada de forzar la retirada del ejército serbio de Kosovo.

Usando su propia expresión, unas palabras escalofrantes, Djokovic estaba «rodeado de muerte». Fuera de ese búnker, recuerda el tenista, Belgrado brillaba como una mandarina madura. No había punto medio: la ciudad pasaba del apagón total a la iluminación de los cazas de la OTAN. Los aviones dejaron caer sus bombas durante setenta y ocho noches seguidas. Cuando saltaban las sirenas, la familia Djokovic salía en desbandada para meterse en el búnker, que estaba en el sótano del bloque de apartamentos de su abuelo Vladímir. Al principio de la campaña de bombardeos, Djokovic, sus hermanos y sus padres vivían a unos doscientos metros de distancia, en un edificio que no

tenía refugio propio, así que tenían que caminar hasta allí entre la oscuridad, el caos y el ruido.

Tal y como lo veía Srdjan Djokovic, en la primavera de 1999 se vivió un trauma que los acompañará toda la vida. El recuerdo más angustioso de Novak es el de una noche durante la primera semana de bombardeos en la que, sobre las tres de la madrugada, la familia se despertó sobresaltada por un ruido de explosiones y cristales rotos cerca de su apartamento. Al ponerse en pie con rapidez, la madre de Novak se dio en la cabeza contra un radiador y perdió el conocimiento. Durante lo que pareció un siglo, y que quizá fueran solo unos segundos, la mujer estuvo desplomada en el suelo. Los tres hermanos Djokovic lloraban. Cuando Dijana recobró el conocimiento, la familia intentó llegar al refugio, pero apenas veían nada; no había iluminación alguna y las calles estaban llenas de humo. Además, con el ruido de los aviones y de las explosiones no se oían unos a otros, ni siquiera estando separados por solo unos centímetros y gritándose al oído.

Novak, abrumado y en estado de pánico, se resbaló con una piedra y, tras magullarse manos y rodillas y caer al suelo, levantó la vista y vio un triángulo gris de acero que luego entendió que era un bombardero furtivo F-117 «desgarrando el cielo». Esa imagen se le ha quedado grabada: el triángulo mortal salido de la nada que soltaba cohetes sobre un hospital a un par de manzanas de distancia. Con su diseño horizontal, el hospital quedó convertido en «un sándwich club gigante relleno de fuego». Djokovic pensó que iba a morir. Un momento después, el caza se había marchado y la familia reanudó la carrera hacia el refugio. Por mucho que Novak ansíe ahora el aluvión sonoro de la multitud jaleándolo tras ganar un gran punto, sigue teniendo miedo a los ruidos repentinos y elevados. Si se dispara una alarma antiincendios, seguramente se sobresalte.

Para estar más cerca del búnker, la familia de cinco miembros se mudó al apartamento de dos habitaciones situado en la primera planta que pertenecía al abuelo de Djokovic y que, por seguridad, tenía una puerta metálica además de la puerta principal común. Fuera del búnker, las calles resonaban con las explosiones; dentro, los niños temblaban y se estremecían del miedo.

Al menos así fue las primeras noches; después algo cambió. Las familias del búnker acabaron por aceptar que aquella era su nueva realidad y, puesto que iban a tener que estar ahí abajo, lo mejor que podían hacer era distraerse. Apretujados en aquel sitio (Djokovic calcula que había cincuenta apartamentos en el bloque y asegura que el suelo de hormigón estaba todo cubierto de gente), los residentes jugaban a las cartas, cantaban y se distraían con el Monopoly, el Risk y otros juegos de mesa. No obstante, esa normalidad era solo superficial. Dentro de aquel sitio de enorme incomodidad física y emocional se forjaron fuertes lazos de por vida. Más o menos en esa época, Djokovic conoció a un chico de su misma edad, Neven Marković, que también vivía en la primera planta del bloque. Marković, exfutbolista profesional que fue el testigo de boda de Djokovic cuando el tenista se casó con Jelena Ristić, sigue siendo uno de sus mejores amigos.

Bastan unos minutos en ese sótano para anhelar el aire fresco y la luz natural (cuesta imaginar regresar a ese búnker una noche tras otra). Fuera, unos murales de Djokovic rompen con la grisura. Bajo la antigua casa familiar hay una imagen del tenista con su abuelo a un lado y su primera entrenadora, Jelena Genčić, al otro. Pasado el parque de juegos de hormigón donde Djokovic solía pelotear con bolas de tenis cuando era niño, hay otra pintura suya que dice, en serbio: «En Dios confiamos». Tal y como señala un vecino, en ese mural hay un error no forzado, porque

Djokovic sale haciendo un revés con la izquierda, aunque eso apenas le resta poder a la imagen ni a lo que significa este deportista para la gente de Banjica: que uno de los suyos se convirtiese en alguien a nivel mundial.

Un grupo de adolescentes que deambula en torno al antiguo bloque de apartamentos de Djokovic habla con cariño de él, y no tanto de su tenis (sus abuelas siempre los avisan cuando echan partidos de Novak en la tele y los animan a verlos) como de su generosidad: del dinero que ha donado para que la escuela de la zona compre artículos esenciales y del tiempo que saca cada vez que viene a la ciudad para entregar el trofeo al equipo ganador de un torneo de fútbol que se juega en el campo de hormigón. Pese al horror que experimentó Djokovic en Banjica, ese barrio también le trae buenos recuerdos, de cuando jugaba en la calle con sus amigos (aunque se destrozara tantas veces las rodillas en el parque de hormigón que no sabe muy bien cómo sigue teniéndolas sanas, y aunque un par de veces, por accidente, le rompiera la ventana del bajo a algún vecino con una bola y tuviera que echar a correr).

El trauma es indeleble. En el camino en coche de vuelta al centro de Belgrado, se pasa junto a un antiguo edificio militar bombardeado en 1999 que nunca se ha restaurado. En esta ciudad no hace falta buscar mucho para encontrar cicatrices de la guerra, aunque la mayoría de la gente de aquí, Djokovic incluido, quiere pasar página y alejarse del pasado.

Durante muchos años la rabia estuvo carcomiendo al tenista. Recordaba los bombardeos de 1999 como «la mayor crueldad posible» y, al igual que muchos otros serbios, estaba furioso, incluso tenía ganas de venganza. Sintió esa ira interior desde su infancia hasta que se hizo adulto. Djokovic no entendía por qué las naciones que conformaban la OTAN se habían unido para bombardear un pequeño

país, para lanzar explosivos sobre lo que el tenista describía como gente indefensa por las calles. «Las cicatrices de ese sentimiento, de esa rabia, siguen estando presentes en todo el mundo», asegura Djokovic. En las primeras etapas de su carrera profesional utilizaba esa ira como combustible para impulsarse y alcanzar cierto éxito en el circuito. Aunque Djokovic estaba «estancado» en el odio y la rabia, como decía él, parecía que al menos le había sacado provecho. Jugaba con ira y ese enfado le permitía conseguir cosas.

Aun así, con el tiempo, Djokovic llegó a entender que cargar con sentimientos de «odio, venganza y traición» puede pesar y suponer un lastre, tanto en lo profesional como en lo personal. Ya no quería sentirse así. Hay una parábola sobre una serpiente y la sierra de un carpintero que para Djokovic encaja con su constatación de que seguir sumido en el enfado no le haría más que daño. Cuando la serpiente se corta por accidente con la sierra, cree que la herramienta la ha atacado y, molesta y con ganas de venganza, envuelve a la sierra con todo el cuerpo hasta que muere desangrada.

Tal y como ha reconocido Djokovic, entre el pueblo serbio se dan diversos niveles de sufrimiento y de trauma. Su familia tuvo suerte, en el sentido de que no perdieron la casa ni a ninguna persona cercana, aunque cuando los periódicos publicaban los nombres de los muertos sus padres sí reconocían a algunos. A Novak le ha costado mucho imaginar el dolor que debieron de sentir algunos serbios ante la muerte de sus parientes o amigos. Pese a que Djokovic nunca olvidará los bombardeos de la OTAN ni la muerte y la devastación que estos causaron en su país, y aunque vio la pintada FUCK NATO [Que le den a la OTAN] en Belgrado, eligió perdonar. Fue una decisión consciente la de trabajar consigo mismo y con sus emociones y lidiar con esa ira interna. Djokovic ya no quería verse motivado por la rabia, sino por el amor, y el «amor es perdón».

No fue tarea fácil, pero el serbio tenía la mente abierta (algo que más adelante se analizará en profundidad) y, según ha contado, estaba abriendo también el corazón. Dušan Vemić, que conoció a Djokovic cuando el futuro gran tenista tenía seis o siete años y acabó entrenándolo en el circuito de la ATP, afirma: «Seguramente Novak llegó a ese espacio de perdón y a esa conclusión antes de lo que habría sido posible para otras personas. Como ser humano, Novak nunca ha dejado de crecer ni de aprender. Tiene una mentalidad de crecimiento y siempre está estudiando la vida. Ha llegado a un punto en el que intenta entender el proceso de toma de decisiones de la gente y meterse en su piel, y tratar de ser lo más racional posible».

Dejar esa ira atrás ha ayudado a Djokovic a convertirse en una persona más fuerte, según Jelena Janković, extenista serbia que fue número uno en el circuito femenino. «Como país te enfadas si alguien te bombardea. Es una situación terrorífica. Pero la gente normal no podíamos hacer nada al respecto —reflexiona Janković—. Una vez que has superado eso, te conviertes en una persona más fuerte e intentas hacer lo que está en tu mano para ganarte la vida y labrarte un nombre».

La fe de Djokovic, cristiano ortodoxo, le permitió perdonar, cuenta su entrenador de la infancia Bogdan Obradović, que lo conoce desde que el tenista tenía diez años. «Es la filosofía de Novak, y la gente en Serbia suele adoptar ese enfoque ortodoxo. Somos capaces de perdonar», dice Obradović. Djokovic fue capaz de seguir adelante, de liberarse. «Si estás atrapado [en la ira], ¿qué vas a hacer con tu vida?», ha dicho el tenista serbio.

En la medida de lo posible, a Djokovic le gustaba ir un día por detrás de los cazabombarderos. Se vestía para entrenar, preparaba la bolsa de las raquetas con el cuidado que

uno pondría antes de ir a un club de campo y salía del apartamento, al amanecer, para ir a la caza de la destrucción por todo Belgrado. Buscaba césped ennegrecido hacía poco, cráteres de reciente formación y acero y hormigón acabados de desfigurar; los sitios que aún estuviesen temblando y ardiendo del ataque de la víspera.

Por perverso o espantoso que pueda parecer ahora, había cierta lógica en el hecho de que Djokovic y su familia escuchasen las noticias de la radio para saber dónde habían caído las bombas la noche antes y luego saliesen a buscar pistas de entrenamiento en zonas de la ciudad recién atacadas: la OTAN solía tardar en bombardear de nuevo un mismo lugar. Djokovic tampoco podía despistarse con la hora, porque ser un joven aspirante a tenista en Belgrado en la primavera de 1999 equivalía a ser un analista aficionado de los patrones de bombardeos de la OTAN. Debías saber cuándo era el momento más seguro del día para estar en la pista (a veces, pese al horror, todo esto era para él como un juego). A menudo el amanecer era el período más tranquilo de la jornada, aunque a veces lo era el mediodía.

Actualmente, cuando Djokovic pasa tiempo en Belgrado, acostumbra a entrenar en otro sitio, en unas instalaciones más sofisticadas y pulcras, donde hay cierto ambiente típico de esos lugares, con hombres y mujeres de aspecto acaudalado sorbiendo cafés expresos en la terraza situada sobre las pistas exteriores (también hay pistas cubiertas). Sin embargo, de niño solía jugar en el club de tenis Partizan. Descuidado por los extremos, con pintadas en las paredes exteriores y el verde del interior descascarillándose, no es que sea el sitio más atractivo del mundo para publicarlo en Instagram. Se trata de un club de tenis con un ambiente agradable, modesto y sencillo que no saca mucho provecho de su vinculación con Djokovic. Aunque al entrar

sí se ven carteles del tenista, están todos descoloridos y amarillentos (son de hace años, cuando el serbio hacía promoción de Adidas), y Novak comparte protagonismo con Ana Ivanović, ganadora de un título de Grand Slam, cuyas imágenes cubren el lateral opuesto. De las paredes cuelgan algunas fotografías antiguas de Djokovic, entre ellas algunas en las que aparece con la equipación del club, de rayas blancas y negras. Sin embargo, no hay estatua ni elemento oficial alguno que conmemore que el tenista más exitoso de la historia entrenaba ahí. Sí tienen un busto, pero es de un antiguo general que formó parte de la historia más temprana del club.

En una época en la que casi todas las decisiones que uno tomaba entrañaban un riesgo considerable, jugar en el club de tenis Partizan podría haber sido un movimiento especialmente peligroso: el lugar estaba cerca de Banjica, pero también de una escuela militar que a menudo atraía a los cazas. La madre de Djokovic vivía con el alma en vilo. ¿Y si la OTAN dejaba caer una bomba en la pista de entrenamiento de su hijo?

Unas semanas después de que comenzara la campaña de bombardeos de la OTAN, ocurrió algo sorprendente: muchas personas de Belgrado resolvieron que no iban a seguir teniendo miedo. «Después de tanta muerte y destrucción, sencillamente dejamos de escondernos», escribió Djokovic en *El secreto de un ganador*. Según cuenta, reconocer que estabas indefenso ante la potencia de fuego de la OTAN y aceptar tu destino te proporcionaba cierta libertad. Djokovic y su familia formaron parte de ese cambio de mentalidad que se produjo en toda la ciudad. Dejaron de ir al búnker todas las noches. La madre de Djokovic adoptó una actitud fatalista ante la perspectiva de la muerte y les dijo a su familia y a otras personas del sótano que iba a volverse loca si pasaba una noche más allí. Quería llevarse a su familia de vuelta a casa, a su apartamento, y si

la OTAN lanzaba una bomba sobre el edificio, ese sería su destino, y punto. Djokovic, sin duda bajo la influencia de lo que decían sus padres, pensaba en los mismos términos: «Si nos dan, nos dan, ¿qué vamos a hacer?».

La guerra unió a la familia Djokovic: físicamente, dado que los cinco dormían en la misma cama, con mantas que cubrían las ventanas para evitar la rotura de cristales, pero también en un plano emocional. Uno de los recuerdos más vívidos de Djokovic sobre la campaña de bombardeos (un momento poderoso y aglutinador, pero también subversivo) fue el día en que miles de personas se reunieron en uno de los puentes de Belgrado, todas con camisetas que llevaban dianas en el pecho; incluso se pintaron dianas en la cabeza y empezaron a cantar, burlándose de los pilotos de la OTAN. Si la familia de Djokovic y la nación entera lograban sobrevivir a aquello, pensó el tenista, nada podría hundirlos, y Novak tendría la posibilidad de dedicar el resto de su vida a lo que quisiera. Después de eso, en comparación, todo lo demás sería fácil, también el tenis.

En mitad de una campaña de bombardeos, Djokovic siguió jugando al tenis. Su deseo de continuar con los entrenamientos en aquellas circunstancias infernales supuso que su formación tenística no se estancara en aquel momento de guerra (solo sufrió una breve pérdida de concentración durante los primeros días de los bombardeos). De hecho, con todas las escuelas cerradas, los entrenamientos se intensificaron. Y lo que fue más importante: centrarse en los entrenamientos de Novak, de hasta cuatro y cinco horas, ayudó a mantener a la familia en activo en esos tiempos, ya que aportaba cierta sensación de normalidad y de rutina (pese a que el niño estuviese paseándose por la ciudad en busca de algún sitio donde jugar).

La madre de Djokovic se mostraba inflexible: la familia no iba a pasarse el día sentada en casa llorando. Hacer eso,

según ella, suponía volverse loco de la preocupación por si te bombardeaban el piso. El amor de Djokovic por el tenis (estaba fascinado por ese deporte desde que había visto una pista de tenis por primera vez con tres años) les daba a todos un motivo para salir de casa a diario, para seguir viviendo. Muchas veces la pista que Djokovic encontraba no tenía red, o bien la superficie estaba agrietada y rota, dado que las instalaciones tenísticas de Belgrado se contaban entre los daños colaterales de la guerra. Pero no importaba, aunque fuese peligroso encontrarse en una pista de tenis en Belgrado, no lo era más que estar en cualquier otro sitio de la ciudad. La entrenadora de Djokovic por aquel entonces, Jelena Genčić, había perdido a su hermana en un bombardeo. A las siete de la tarde, los Djokovic estaban ya en casa con las cortinas corridas, como se suponía que debía ser. A veces la necesidad de normalidad de Djokovic chocaba con la realidad de vivir en una ciudad sitiada por los bombardeos. Las sirenas saltaban durante sus entrenamientos mientras los cazas troceaban el cielo. Djokovic celebró su duodécimo cumpleaños en el club de tenis Partizan, y su familia le estaba cantando el cumpleaños feliz cuando, de repente, un avión pasó a toda velocidad sobre ellos y ahogó sus voces.

Pasar por momentos así de «horribles» (como los ha descrito él mismo), en los que se sentía totalmente indefenso, le proporcionó a Djokovic una fortaleza interior y una capacidad de resistencia que ha mantenido a lo largo de toda su carrera; también hizo que tuviera más hambre, mucha más ambición, por triunfar como tenista. Quería demostrar cómo un joven que había sobrevivido a los horrores de la guerra podía convertirse en el mejor tenista de todos, en un deporte global practicado por deportistas de países mucho más ricos que el suyo y que, además, nadie estaba bombardeando.

Destrozado pero vivo. Así se sentía Djokovic durante la guerra, según Bogdan Obradović. En su opinión, las primeras experiencias de Djokovic en la vida le aportaron una energía adicional, así como una fuerza y una resistencia perdurables. «En esa horrible guerra, la gente sufría muchísimo, la situación no podía ir peor. Tenía que parar en algún momento. Si te caes o la cosa empeora o vuelves a levantarte. No hay más opciones. Cuando algún mal te asalta, te acostumbras a él. Acabas por saber contra qué luchas exactamente y ves que ni siquiera ese mal está disfrutando de la situación. Estás destrozado, pero sigues vivo —dice Obradović—. Después, te levantas lleno de cierta energía inexplicable. Todo eso acaba por destruirte o por hacerte más fuerte. Y eso le pasó a Novak: se hizo una persona más fuerte».

Ya antes de que comenzaran los bombardeos, la vida se había vuelto increíblemente complicada en Belgrado por el embargo internacional. Djokovic recuerda hacer cola a las seis menos cuarto de la mañana para conseguir pan y compartirlo con su familia. «¿Un niño como yo, criado en Serbia, convertido en un campeón de tenis? Era improbable, incluso en las mejores circunstancias. Aún más cuando empezaron a caer las bombas», escribió una vez Djokovic. Pero ¿es posible que ocurriese lo contrario? ¿Que la campaña de bombardeos en realidad aumentase las probabilidades de Djokovic de entrar en el circuito tenístico? Según Obradović, igual que en la vida hay altibajos, en una pista de tenis te encuentras la misma montaña rusa. Djokovic no debió de darse cuenta en aquellos momentos, pero no hay duda de que sufrir la brutalidad de la guerra y pasar noche tras noche en un refugio anti-aéreo tuvo que darle mucha fuerza interior.

En apariencia la guerra también endureció a Ivanović, amiga de Djokovic, que de niña practicaba a veces en el fondo de una piscina vacía y acabaría por convertirse en la número uno del circuito femenino. Junto a Janković, otra

serbia que encabezaría la clasificación mundial, conformaron una generación de oro de tres futuros números uno. «Estábamos hambrientos porque no se nos daba nada —decía Janković—. Todo lo que conseguíamos nos lo teníamos que ganar, y tuvimos que esforzarnos más que la gente de otros países para demostrar quiénes éramos. Aunque veníamos de un país que no era muy rico y tampoco contaba con grandes instalaciones ni con una tradición tenística, y a veces pareciera misión imposible, lo que sí teníamos era una voluntad de hierro. Como nación, no admitimos ocupar un segundo lugar. Debíamos ser los números uno, no había otra opción. O eres el mejor o no eres nada. Esa es nuestra mentalidad.»

Dicen que no existe una traducción directa de la palabra serbia *inat*. Es como una mezcla de resistencia, resentimiento, obstinación y mentalidad de «que te den», quizá con un puntito de sarcasmo y humor ácido. Algunos dirán que Djokovic ha tenido de eso desde sus inicios en el tenis y que es lo que aún le da impulso. «*Inat* es cuando estás cabreado y tienes una motivación extra para demostrar que la gente se equivoca —sostiene Janković—. Quieres hacerlo bien de verdad. Creo que Novak ha sentido eso durante toda su carrera. A mí me pasaba igual. Como nación, todos lo llevamos en nuestra naturaleza. Queremos ser los mejores. Vamos a triunfar aunque vengamos de un país pequeño que no es el más rico ni dispone de las mejores instalaciones. Pero tenemos lo que otros deportistas no tienen: *inat*. Y vamos a demostrar que os equivocáis.»

Los bombardeos de 1999 siguieron conformando el modo de pensar de Djokovic en la pista. Chris Evert, antigua número uno del mundo y ganadora de dieciocho títulos individuales femeninos de Grand Slam, comenta: «El pasado de Novak, con la guerra y las bombas estallando a su alrededor, lo convirtió en alguien sin miedo. Cuando

has pasado por una infancia así y has vivido esas experiencias de trastorno por estrés postraumático, pierdes el miedo por completo. Si tener experiencias de ese tipo a una edad tan temprana no te moldea y hace de ti un tipo concreto de persona, no sé qué otra cosa iba a hacerlo. Novak utiliza todos los momentos negativos de su vida, como que su país entrase en guerra, para reunir fuerzas en sus partidos. Se dice a sí mismo: “Vale, vamos cinco-cinco en el quinto set, Novak, pero has superado cosas mucho peores que esta”. La guerra eliminó el factor del miedo en su tenis y en su vida. Como resultado, es más fuerte y más resistente. Tiene una fortaleza muy arraigada».

Algunas personas cercanas a Djokovic sugieren que tampoco habría que exagerar el impacto de la guerra en su camino a la grandeza. Si bien esas experiencias le sirvieron de estímulo, es posible que hubiera triunfado del mismo modo de haber crecido en tiempos más pacíficos y prósperos. «Es cierto que esa parte de la historia de Novak es muy intensa», dice Janko Tipsarević, que se crio en Belgrado antes de convertirse en Top 10 y es uno de los mejores amigos de Djokovic (han estado varias veces juntos de vacaciones con sus respectivas familias).

«Muchos deportistas salen de hogares pobres o monoparentales, o de zonas con violencia armada (basta fijarse en la NBA o en la NFL de Estados Unidos) pero nuestra vida corría verdadero peligro noche tras noche. Durante dos meses y medio vimos como algo normal que nos bombardearan al llegar la noche, así que nos metíamos en el refugio y durante el día jugábamos al tenis. Estoy seguro de que esos momentos al final hicieron de Novak una persona aún más resistente y lo ayudaron a conseguir sus objetivos. Eso sí, lo ayudaron en un cinco o diez por ciento, nada más. Creo tanto en su capacidad mental, en su grandeza mental, que aunque hubiese tenido como padre a Jeff

Bezos y se hubiese criado en un país rico, se habría convertido igualmente en lo que estaba destinado a ser: el más grande.»

Desde su punto de vista como psicóloga especializada en tenis (durante los últimos años ha viajado por el circuito junto a Iga Świątek, la primera tenista polaca en ganar un título de Grand Slam), Daria Abramowicz ha percibido que las experiencias tempranas de Djokovic, y la historia que el tenista se cuenta a sí mismo y a los demás, parecen haberle otorgado una extraordinaria capacidad de resistencia. «Novak se identifica como un serbio orgulloso de serlo. Tiene una fuerte vinculación con su país. Cuando la historia de tu país es la que es y logras construirte una vida feliz y una carrera profesional de éxito, es posible que eso te proporcione una fuerza y una resistencia enormes, inconmensurables. A veces también puede ser una carga, y en algunas situaciones quizá sea ambas cosas. Se trata de algo muy personal, eso está claro —afirma Abramowicz—. En mi opinión, Novak se ha convertido en alguien increíblemente fuerte y resistente, y eso se ve a muchos niveles.»

Dentro de la cabeza de Djokovic hay otros efectos duraderos de los bombardeos. Tras sobrevivir al horror y a las penurias, siempre sabe apreciar lo que tiene en la vida. Y, por extraño que parezca, Djokovic superó el año 1999 con algo incluso más poderoso: la esperanza.

Decir que Djokovic salió de la nada no es una exageración: nació en un país que ya no existe, Yugoslavia, y en un lugar en el que apenas había cultura tenística.

Tal y como ha reconocido él mismo, en Belgrado el tenis era igual de popular que la esgrima. En aquel tiempo «no había tenis por ninguna parte, era un deporte casi muerto», según Bogdan Obradović, que, además de entrenar de forma intermitente a Djokovic desde que este tenía

diez años hasta los dieciséis, también fue luego su capitán en el equipo nacional que conquistó la Copa Davis. Más allá de todo ese hormigón, uno de los legados del comunismo fue el prejuicio de que el tenis era un deporte aristocrático, una opinión que arraigó en Yugoslavia y luego en Serbia. En Belgrado había un club exclusivamente para embajadores y diplomáticos, y durante años la televisión serbia solo emitía un partido de tenis profesional al año: la final individual masculina de Wimbledon. Las imágenes de la pista central, en las que los tenistas aparecían vestidos de blanco, no persuadían precisamente a los espectadores de Belgrado de que aquel fuese un juego también para trabajadores. «Era un deporte para aristócratas. Todo el mundo le tenía un poco de miedo al tenis», recuerda Obradović.

Si el Gobierno serbio tenía algún dinero para invertirlo en deporte, lo destinaba a disciplinas de equipo como fútbol, baloncesto o balonmano, o bien voleibol o waterpolo. ¿Por qué arriesgarse a invertir en un individuo cuyo gran sueño era, ni más ni menos, alcanzar un objetivo aristócrata?

Los alrededores de Kopaonik, en las montañas serbias, que, en palabras de Djokovic, había sido un espacio de «serenidad» en el que el tenista veía conejos correteando entre los árboles, quedó cubierto por bombas de racimo en 1999. Después, durante años, por el peligro de la artillería sin detonar esparcida por esas montañas, dejó de ser seguro regresar a lo que el propio Djokovic ha calificado como «el club de tenis más bonito del mundo». Fue allí, en tres pistas de tierra batida, cerca de la pizzería Red Bull de sus padres, donde jugó por primera vez al tenis, con cuatro años. Casi veinte años después de la guerra, cuando las bombas estaban ya todas desactivadas, Djokovic pudo volver. El club estaba abandonado, en ruinas, engullido por el bosque. No obstante, para el tenista serbio seguía siendo un lugar cargado de significado. Uno de los edificios

de piedra estaba casi derruido, la mitad de una estructura de madera había quedado aplastada y el muro de entrenamiento de tenis (donde Djokovic había pasado tantas horas y días felices de niño, practicando su técnica) estaba agujereado por los daños de las bombas.

Pero al menos el muro seguía en pie y, mal que bien, había «aguantado», como lo expresó Djokovic, igual que su vinculación emocional con ese trozo de tierra. El afecto que sentía Novak por esas pistas (cubiertas ya por la vegetación cuando regresó a finales de la década del 2010) se debe en parte a la naturaleza circundante, aunque también al modo en que ese lugar le cambió la vida. Ningún miembro de la familia de Djokovic había jugado nunca al tenis. Que alguien decidiera construir unas pistas justo delante del restaurante fue pura suerte, un tremendo golpe de buena fortuna quitar la coma o, como diría Djokovic, «el destino». De no haberse levantado esas pistas de tenis en ese preciso lugar, es posible que Novak no hubiese quedado expuesto a ese deporte a una edad tan temprana, o quizá nunca. ¿Llegó a elegir Djokovic el «viaje», como él mismo dice, que emprendió? Novak cree que su alma, como la de cualquier otra persona, tenía una serie de objetivos y misiones predeterminados. Solo necesitaba averiguar cuáles eran.

El tenista serbio cree asimismo que su alma eligió a sus padres. Nació en una familia de esquiadores: su padre, su tío y su tía lo eran, y todos idolatraban al esquiador profesional italiano Alberto Tomba. Los padres de Djokovic, de hecho, se conocieron en una pista de esquí: su madre se había caído en la nieve y entonces apareció su padre, monitor de esquí, y le preguntó si necesitaba ayuda. A Djokovic no le sorprende su interés por los deportes; lo único inesperado fue que eligiese el tenis, una decisión que implicaba que sus padres salieran de su zona de confort. No era un mundo que conociesen, así que los Djokovic tuvieron que abrir la mente, y no

sería la última vez. Ni Srdjan ni Dijana podían saber con seguridad en lo que se estaban metiendo.

En cuanto descubrió el tenis, Djokovic adoró este deporte. Su amor por el tenis no comenzó en 1991, cuando tuvo su primera raqueta. Es posible rebobinar aún más en el tiempo, a cuando tenía solo tres años y les sacaba comida y bebida a los hombres que estaban construyendo las pistas delante del restaurante de su familia. El padre de Djokovic enseguida se dio cuenta de cómo su hijo miraba aquellas pistas. Srdjan le compró a «Nole» (el apodo de Djokovic) una raqueta rosa fucsia y una pelota de gomaespuma. Al niño no le importaba el color, solo que aquello era suyo. Cuando no estaba balanceando la raqueta de un lado a otro (se conserva un vídeo de él en la pista con un chándal verde, una gorra de béisbol y una mirada de concentración absoluta), Djokovic iba todo el día por ahí con ella; no la soltaba ni un instante.

Hubo un segundo golpe de suerte. En esas pistas empezó a dar clases para niños Jelena Genčić, que había sido mentora de Monica Seles y de Goran Ivanišević (futuro entrenador de Djokovic). Novak tenía cinco años cuando se incorporó a sus clases, y Genčić enseguida vio que no era un niño normal para su edad. El día de su primera sesión, Djokovic llegó media hora antes con una bolsa grande de tenis en la que llevaba su raqueta, una toalla, una botella de agua, un plátano y unas cuantas muñequeras. Genčić se quedó perpleja: «¿Quién te ha preparado la bolsa? ¿Tu madre?». A lo que Novak respondió: «No, la he hecho yo». Genčić le preguntó cómo sabía lo que iba a necesitar. De verlo en la tele, le dijo él. El perfeccionismo de Djokovic, tan obvio para todo el mundo hoy en día, estaba ahí desde el principio.

Unos días después, Genčić les dijo a los padres de Djokovic que su hijo, que medía más o menos lo mismo que la red, era especial, que era un *zlatno dete*, un «chico de oro». De oro

porque, además de talento, mostraba una concentración que apuntaba a un gran futuro en el tenis profesional. Esas palabras se le quedaron grabadas a Dijana, que veía en Novak a «un hijo de Dios». «Jelena les dio a Novak y a su familia la esperanza de que el niño podría triunfar como tenista —afirma Janković—. Nadie lo creía posible hasta que Jelena lo apoyó.»

Los sueños de Djokovic en el mundo del tenis empezaron con las conversaciones que mantenía con Genčić. Según Obradović, «Jelena despertó un sueño en Novak, y eso es lo que él ha estado persiguiendo toda la vida. Le transmitió el amor y la pasión por el tenis. Para Novak, y para toda su familia, fue muy importante contar con alguien que lo apoyase y que dijera cosas buenas sobre él: que tenía mucho talento y algún día podría ser el número uno. A Jelena le encantaba el tenis y le encantaba el esfuerzo. Era muy disciplinada. Era como un oficial del ejército, muy dura. Pero lo hacía todo con una sonrisa enorme. Jelena era muy positiva».

No hace falta ser psicólogo para reconocer que hay pocas personalidades más opuestas en el tenis que las de Pete Sampras y Djokovic. En la década de 1990, Sampras saltaba de vez en cuando sobre la hierba de Wimbledon y se quedaba suspendido en el aire como un jugador de la NBA para asestar un golpe al estilo de un mate de baloncesto; pero, más allá de eso, el californiano era puro tenis, sin un ápice de espectáculo. Aun así, fue Sampras, el macho alfa tranquilo y reservado del All England Club, quien inspiró al jovencito serbio (el mismo que se convertiría en uno de los jugadores más extrovertidos de este deporte) a pensar que él también estaba destinado a ganar Wimbledon. El primer recuerdo que guarda Djokovic de seguir ese torneo por televisión (tenía entonces seis años) es el de ver a Sampras conquistar el título en 1993. Al echar la vista atrás, Djokovic entiende que Sampras y él son personas muy distintas, pero lo que le gustaba de su ídolo era cómo afronta-

ba la presión y que siempre parecía sacar bien en los puntos más importantes. Djokovic nunca ha visto a nadie tan sólido mentalmente como Sampras cuando estaba inmerso en el fervor de la pista central de Wimbledon.

Con unos trozos de plástico y unos recortes de papel, Djokovic se fabricó un trofeo falso de Wimbledon. Entonces no lo sabía, pero el joven Novak estaba recurriendo a un enfoque mental en el que a menudo confiaría de adulto: la visualización. «Hola, me llamo Novak Djokovic y soy el campeón de Wimbledon», decía, con el trofeo de plástico en la mano mientras hablaba consigo mismo en el espejo. Años después, cuando en el 2011 ganó Wimbledon por primera vez (y alzó el trofeo auténtico, dorado y rematado por una piña), su mente viajó de vuelta a la infancia, a los momentos que había pasado soñando con ese preciso instante. Hasta los siete años, el tenis fue para él pura diversión, pero a partir de entonces la cosa se puso seria. Con esa edad, Djokovic apareció en la televisión nacional serbia para informar a los espectadores de que «el tenis es mi trabajo» y verbalizar su visión de lo que el futuro le tenía reservado: iba a convertirse en el número uno del mundo.

Más o menos en esa misma época, Dušan Vemić, once años mayor que Djokovic, conoció a un joven Novak en el club de tenis Partizan. Vemić se quedó asombrado con la manera de hablar del niño. «La bolsa de las raquetas era casi tan grande como él, le llegaba por las rodillas. Al principio pensé que era un chiquillo muy mono y nada más, pero después de hablar con él, que por entonces debía de tener unos seis o siete años, me di cuenta de que podíamos haber mantenido una conversación adulta. Era uno de esos niños prodigio», recuerda Vemić, que años después pasaría a formar parte del equipo de entrenamiento de Djokovic.

«La mente de Novak es brillante en muchísimos sentidos. Actúa, piensa y habla como una persona veinte años mayor.

Llaman la atención algunas de las cosas que es capaz de entender. Eso ya le ocurría de pequeño. Vi de inmediato que pensaba mucho las cosas y que tenía claro lo que hacía, como cuando trabajaba la técnica y el juego de pies. Te dabas cuenta de que iba en serio con lo que decía. Era alucinante ver a alguien tan joven pensar en el tenis de esa manera, que no jugara por jugar. Nunca habría imaginado que Novak sería lo que es hoy, pero desde esa primera conversación pensé que en la cabeza de aquel niño había algo especial.»

El primer indicio de que a Djokovic le aguardaba la grandeza fue su mente, más que su juego.

De niño mostraba una concentración que superaba a la de algunos deportistas adultos, incluso en los momentos menos emocionantes de los partidos. «A veces el tenis puede ser un poco aburrido, porque no todos los instantes o todos los puntos merecen estar en una recopilación de jugadas destacadas —explica Vemić—. Ahí es cuando necesitas concentración. La madurez suele llegar tras muchos años en el tenis de alto nivel. Novak jugaba así desde el primer minuto, desde niño. Se preparaba para todos los partidos al máximo de sus capacidades y se centraba en todos los puntos. Respetaba todos y cada uno de los puntos.»

Por suerte para Djokovic, tenía consigo a Genčić, su «segunda madre». Para él fue mucho más que una entrenadora de tenis. Aprender a golpear una pelota solo supuso un elemento de la educación que Djokovic recibió de Genčić. Desde una edad temprana, el serbio conoció la importancia de la nutrición: Genčić le contaba que Seles no bebía coca-cola ni comía hamburguesas, y también que valoraba mucho el sueño. Djokovic tenía a diario la sensación de que Seles estaba en su cabeza. Llegó a admirar y adorar a la ganadora de nueve títulos de Grand Slam (y ya de adulto se ha preguntado cuántos más habría ganado Seles si no la hubiesen apuñalado en la espalda estando en la

pista de Hamburgo en 1993). Escuchar música clásica fue un componente clave. Genčić le dio a conocer la *Obertura 1812* de Chaikovski y le preguntó cómo se sentía al escucharla; pretendía que Novak recordase ese chute de adrenalina y el poder de la música, y que lo usara en la pista cuando tuviese un día duro y necesitara encontrar el modo de subir de nivel. Lo animó, además, a aprender idiomas, a cantar, a leer poesía, incluida la obra del poeta romántico ruso Aleksandr Pushkin, y a «respirar conscientemente». Si alguien quiere saber por qué Djokovic piensa de manera distinta a la mayoría de los deportistas, no puede obviar a Genčić: ella le enseñó a abrir la mente.

Djokovic estaba en mitad de un Grand Slam (Roland Garros, en el 2013) cuando le dijeron que Genčić había muerto. Dado que le era imposible asistir al funeral, escribió una carta que su madre leyó en voz alta. Djokovic calificaba a Genčić de «ángel» y le agradecía su paciencia, su apoyo y su «enorme amor».

¿«Chico de oro» o «extraterrestre» del tenis? Con diez años, Djokovic desprendía una «energía cósmica» en la pista de tenis. Obradović la distinguió de inmediato la primera vez que lo vio jugar; casi parecía que el niño no fuese del todo humano: era como un extraterrestre. «Novak no jugaba el mejor tenis del mundo en esa época, no tenía una técnica soberbia, pero a su alrededor todo el mundo estaba fascinado porque se notaba y se veía cierta energía. Era como un niño del espacio exterior, como un alienígena.»

El padre de Djokovic había llevado a su hijo ante Obradović, a un club de tenis situado en un barrio de las afueras de Belgrado, para preguntarle al entrenador qué perspectivas veía para el niño. Más allá de la energía alienígena de Djokovic y de su evidente talento, hubo otro motivo por el que Obradović se quedó «conmocionado» en ese primer

encuentro: la profesionalidad del crío. No era solo que ese «niño callado» hubiese preparado él mismo su bolsa de tenis (cosa que llevaba años haciendo), sino que, sin que nadie se lo pidiera, había empezado a calentar, a correr alrededor de la pista. A otros niños de diez años había que explicarles la idea de preparar el cuerpo para el entrenamiento y luego recordárselo siempre. Djokovic ya sabía lo que hacía falta. A Obradović le impresionó la concentración que Novak ponía en todos los golpes, y que tuviese ya una rutina de relajación y estiramiento.

Al final de su primera sesión con el pequeño Djokovic, Obradović le preguntó: «¿Qué buscas en el tenis? ¿Cuál es tu objetivo?». El niño fue claro: «Quiero convertirme en el número uno del mundo». El entrenador respondió: «Eso es fácil decirlo, pero hay muchas cosas que hacer para poder llegar ahí». Novak no se sintió desalentado: «Vale. Haré lo que sea necesario. Es mi sueño y estoy convencido de que lo voy a conseguir».

Električni Orgazam, «Electrorgasmo», es un grupo de *rock* de Belgrado que fue muy importante en Yugoslavia en la década de 1980. Sin que este grupo musical fuera consciente de ello, desempeñó un papel de relevancia en la evolución tenística de Djokovic y lo ayudó a convertirse en el mejor restador de la historia. Obradović, cuyas dos pasiones son el tenis y la música, llevó un día la guitarra a la pista de entrenamiento y le tocó a Djokovic una canción de Električni Orgazam titulada en serbio «Todo el mundo en Yugoslavia está tocando *rock and roll*». Pretendía enseñarle a Djokovic que restar el servicio de un contrincante tiene mucho que ver con tocar y escuchar música: todo se basa en el ritmo. «Mira, Novak, tienes que seguir el ritmo de la canción, y así sentirás el ritmo de tu resto, de tus movimientos, de todo. Es como una canción. Recuerda que todo está conectado.»

Como le dijo Obradović a Djokovic mientras tocaba la guitarra, «la música está entre las notas». El mensaje que pretendía transmitirle era que en el tenis, como en la música, todo radica en el tempo, así que ser un buen restador consiste en «tener buen ritmo y hacer lo que debes hacer en el momento oportuno». Le estaba pidiendo a Djokovic que se fijase en todos los elementos del servicio de su rival; quería que escuchase cómo sonaba la bola cuando su oponente la golpeaba, dado que iba a tener que reaccionar a ese sonido igual que al movimiento que hiciese el jugador al saque. Obradović animó a Djokovic a entrar en sintonía con el ritmo del saque de su rival: las manos, el lanzamiento de la pelota al aire, el movimiento del cuerpo y de la raqueta hacia la bola, el golpeo de la bola y todo lo relacionado con la raqueta. «Al final tendrás ese ritmo de lectura y de reacción», le dijo Obradović, que además le dio a conocer los Beatles y le tocaba *Yesterday* y muchas otras de sus canciones.

No obstante, en numerosos sentidos, la lección que Obradović le dio sobre Električni Orgazam iba mucho más allá de la pista de tenis. Antes de soltar la guitarra, el entrenador tenía otro mensaje más sobre el *rock and roll*: «La parte más importante, Novak, es la siguiente: si escuchas la música y la entiendes, serás una persona más feliz».